

# LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

## SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administr.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

### Soluciones para el "mañana"

Terciando en la casi polémica sostenida en estas columnas con algunos camaradas de Europa, desde el órgano de los sindicalistas españoles se ha querido dar una explicación política, económica y psicológica de nuestra diferencia de percepción para apreciar el panorama espiritual del mundo y entrever, en las brumas del horizonte social, los problemas del futuro... Y como se trata de discutir cuestiones del "mañana", que no están al alcance de nuestra vista ni de nuestro brazo, nada más fácil que poner por delante las distancias y encaramarse en el volante del progreso industrial para juzgar desde esas alturas, bajo la acción del vértigo, un problema de ideas: problema del espíritu y de la conciencia del hombre, que no puede buscar soluciones en los imperativos materialistas de la historia.

Con razones históricas, con episodios desfigurados por los políticos que han escrito la leyenda de nuestra civilización y con hechos económicos que sólo valen por su dura materialidad, se quiere ajustar el proceso de las ideas a las exigencias del progreso industrial de las naciones. Si económicamente se acepta todo el absurdo régimen capitalista — y sólo se le combate por su condición jurídica y por el denominativo clasista que lo distingue de los otros sistemas conocidos — ¿por qué no se ha de aceptar también la expresión política de ese régimen: el Estado, con sus leyes y su principio de autoridad y justicia? También el desarrollo político de los pueblos, hijo de las necesidades del hombre y natural consecuencia de su evolución intelectual, está justificado en la historia. Y, sin embargo, muy pocos creen que sean eternos los sistemas de gobierno e intangible la autoridad de las castas gobernantes.

Podrán alegar quienes no encuentran otra explicación a nuestra resistencia a aceptar programas reconstructivos en nombre del anarquismo, que las condiciones políticas de América son distintas a las de Europa. Nos traerán a colación los efectos morales y materiales que causó la última guerra en el viejo continente y la espantosa crisis económica derivada de las revoluciones y contrarrevoluciones que epilogaron la devastadora y brutal carnicería de aquellos pueblos. Y agregarán aún que, por efecto de su desarrollo industrial y la potencia adquirida por el capitalismo, Europa no puede hacer otra revolución que la que supone un cambio en el funcionamiento de la enorme máquina económica alimentada con la sangre de millones de esclavos.

He ahí un cúmulo de razones históricas, económicas y psicológicas. Pero, el movimiento anarquista, que se inspira en una idea universal de solidaridad y justicia, ¿está en realidad sujeto a esas diferencias económicas señaladas por el capitalismo y depende su desarrollo — y sus posibilidades de realización — de

la capacidad industrial de cada país? ¿Es el capitalismo, con su desarrollo materialista, con su tendencia centralizadora y con su poder financiero, el que nos da la medida de la capacidad subversiva del proletariado y de su comprensión de los problemas del "mañana"?

La capacidad técnica del proletariado, para manejar las máquinas y para dirigir las industrias sin necesidad de los patrones y capataces que hoy las regentan, es una aptitud independiente de la concepción moral de cada individuo y de la capacidad de los pueblos para interpretar los verdaderos problemas de la revolución social. Esa diferencia de aptitudes, de tecnicismo, es obra del desarrollo capitalista: responde a las exigencias industriales de cada país. Pero existe una equivalencia de esfuerzos — y

bién va creando dentro del viejo cascarón de la sociedad burguesa la sociedad del futuro.

Si el objetivo sindicalista no fuera puramente económico — si existiera una fuerza espiritual independiente de esas realidades materialistas — la declaración I. W. W. supondría un anhelo revolucionario e interpretaría un grado superior de conciencia colectiva. Pero el sindicalismo sigue el proceso de centralización capitalista, se conforma a los órganos económicos de la burguesía y trata de ajustar su estructura como organización de clase a las necesidades creadas por el desarrollo industrial de las naciones. Quiere decir, pues, que las aptitudes técnicas y la capacidad productiva de los trabajadores marchan en relación con el progreso material y se ajustan a las



Cómo se firman los tratados de paz

también de capacidades — entre los obreros industriales y los trabajadores agrícolas, entre el proletariado de la ciudad y el de la campaña. Por otra parte, aun suponiendo que el proletariado de los centros industriales esté más capacitado para la vida moderna, ¿pueden bastarse a sí mismos los obreros de la ciudad? He ahí, pues, la falla de todas esas preocupaciones por el "mañana", que se basan en hechos de "hoy": hechos que están sujetos al determinismo de todo el absurdo proceso de las organizaciones capitalistas.

El afán de fijar el proceso de la revolución según un determinado programa político y económico, lleva a muchos compañeros al límite del campo reformista. Porque en realidad hacen labor reformista y legislan en el presente, los problemas del futuro, quienes hacen de las organizaciones proletarias órganos de reconstrucción económica: el instrumento de lucha que, según la expresión de los I. W. W., no sólo sirve de arma para la defensa del proletariado, sino que tam-

bién va creando dentro del viejo cascarón de la sociedad burguesa la sociedad del futuro. Si el objetivo sindicalista no fuera puramente económico — si existiera una fuerza espiritual independiente de esas realidades materialistas — la declaración I. W. W. supondría un anhelo revolucionario e interpretaría un grado superior de conciencia colectiva. Pero el sindicalismo sigue el proceso de centralización capitalista, se conforma a los órganos económicos de la burguesía y trata de ajustar su estructura como organización de clase a las necesidades creadas por el desarrollo industrial de las naciones. Quiere decir, pues, que las aptitudes técnicas y la capacidad productiva de los trabajadores marchan en relación con el progreso material y se ajustan a las

condiciones económicas impuestas por el capitalismo; pero no existe una equivalencia espiritual capaz de contrarrestar la influencia del medio, siendo evidente la inferioridad del proletariado como conjunto humano que tiene una misión que cumplir en la diaria batalla contra los prejuicios políticos, religiosos y sociales. Un pueblo apto para la vida moderna, con capacidad técnica para poner en movimiento la complicada máquina capitalista, pero moralmente incapaz de comprender los problemas de la revolución, ¿cumple su cometido con expropiar a los actuales amos y nombrar de su seno a los nuevos directores de las industrias, de las finanzas y de la política? ¿Es suficiente el arma económica para vencer la reacción, dar fin a la injusticia social y poner a los productores en posesión de los medios de trabajo, de producción y de consumo? ¿No es un hecho que no necesita profundos estudios, la existencia de fuerzas reaccionarias y conservadoras dentro de la misma clase trabajadora? Casi se podría afirmar que la re-

acción es de naturaleza popular: que se alimenta con la inconciencia de las masas y triunfa gracias a la incapacidad de los pueblos para comprender su misión y dirigirse en el tortuoso sendero de la vida.

Cada vez que un anarquista o un sindicalista revolucionario, no encontrando en sí mismo suficientes valores ideológicos, se empeña en buscar en la realidad social los materiales que necesita para construir un programa de futuro, son las ideas anarquistas las que salen maltrechas de esa búsqueda en el desván de los trastos inútiles. Y no es que el anarquismo no resista esa pretendida revisión ideológica. Simplemente, porque se busca en hechos económicos la solución de problemas morales, fracasa el empeño de esos anarquistas que creen posible la reconciliación del ideal libertario con las remozadas tendencias dictatoriales del marxismo. Y el contraste entre el pensamiento y los simples apetitos es tan evidente como antagónica es la idea de libertad y el interés económico que impulsa a las masas a esa lucha sin objetivos altruistas y solidarios.

Hombres de actuación en el movimiento obrero, a pesar de querer ajustar su conducta a los principios anarquistas, llevan un recio ataque a los fundamentos ideológicos y morales del anarquismo alegando la necesidad de ponerse a tono con las exigencias del actual momento histórico. Nos dicen, por ejemplo, que el anarquismo debe adoptar un programa revolucionario y abarcar en su acción los problemas del "mañana". Y achacan todos los fracasos del proletariado, las vacilaciones y las cobardías de los pueblos y el origen del recrudescimiento de la violencia estatal, a esa incapacidad del anarquismo para explicar los hechos del presente y los misterios del futuro...

En el órgano de los sindicalistas españoles, un camarada enamorado de las posibilidades sindicalistas y ferviente adorador del mito "dictadura del proletariado", reclamaba hace poco la necesidad imperiosa de fijar una posición político-económica a la Confederación Nacional del Trabajo de España. Y eso se reclamaba después del cuartelazo de Primo de Rivera, posiblemente porque ese hecho de fuerza dió al citado camarada la medida de la impotencia espiritual del proletariado español.

Todo el concepto histórico del movimiento proletario, para el referido camarada, parece encerrarse en este malogrado deseo: la C. N. del T. persiguió el mismo objetivo que ha impulsado a los militares. Quiere decir, pues, que los sindicalistas se preparaban para tomar el poder en sus manos y sólo necesitaban un programa revolucionario capaz de abarcar los problemas de "hoy" y de "mañana".

Consecuente con ese propósito que llamaríamos político — la política es el arte de gobernar a los pueblos —, el referido sindicalista dice que "estamos ahora sin un plan delineado para ser una solución y una garantía y sin fuerza para im-

poner un respeto a valores que representamos". Es pues, la falta de un programa la que impidió a la Confederación Nacional del Trabajo de España hacer la revolución y ganar de mano a los militares. Pero ¿qué revolución querían hacer o eran capaces de llevar a cabo los sindicalistas españoles? Ese es un misterio del "mañana".

Peró busquemos una explicación doctrinaria de ese fracaso subversivo. El camarada que nos sugiere estos comentarios, nos ofrece esta:

"Por equívocas interpretaciones dadas a las teorías de Marx, creemos que la cuestión social es una cosa de realización mecánica, fatal, y nos pagamos del legado que nos dejaron los pensadores del siglo pasado, un bagaje de fórmulas fundaméntadas más en lo que fué que no en el prodigioso desarrollo de la maquinaria, en el complicado desenvolvimiento de las sociedades humanas y en el número de necesidades de la Humanidad, todo ello en continua y sorprendente progresión. De tal legado se desprende un principio básico: "La organización de las sociedades humanas se asienta sobre la base de la posesión de los medios y títulos de producción, transporte y cambio, y en saber organizar la producción, el transporte, el cambio y la distribución del fruto del esfuerzo social".

Habrá, pues, que volver a Marx. Los anarquistas, desechando el legado de los pensadores que se "entrevieron" el desarrollo industrial de las naciones capitalistas, deben apagar su sed de infinito en las fuentes marxistas; empárase de materialismo histórico, de realidades económicas y de experiencias revolucionarias. Y solamente por ese camino encontrarán los anarquistas la senda del futuro: la sagrada fórmula que nos explicará los misterios del "mañana". ¿No es ese el pensamiento de los posibilistas del sindicalismo y de los que tienen apuro por hacer "su revolución"?

Si el "mañana" es una repetición histórica del "hoy", si el camino de la revolución es la trillada senda de revoluciones anteriores, si en el volante del progreso material de los pueblos el mundo gira para volver siempre al mismo punto de partida, ¿se puede saber en qué consiste el valor de las ideas? Los pueblos no escriben la historia del progreso perfeccionando las fórmulas culinarias. En eso estaría el objetivo de la existencia material, pero no el objeto de la vida: el móvil que determina las luchas, los anhelos y las esperanzas del hombre como rey de toda la creación...

Emilio LOPEZ ARANGO

## LA LECCION DE LOS TIEMPOS

Hay, en los estrados morales de los hombres, en su sentido social y político de las cosas, una condición de innata sordera que les hace reacios a toda percepción de conceptos que no se avengan con el estado normal de sus opiniones, de sus anclados prejuicios.

El anarquismo, que desde medio siglo viene golpeando la conciencia del universo es, entre todas las ideas, la que más ha podido comprobar la rareza de este fenómeno y la necesidad que tienen los hombres y las colectividades de que sean los hechos y no las palabras, los acontecimientos y no las razones, las causas determinantes de sus cambios de opinión.

Cuando el convencimiento de un problema o de una verdad social no procede del interior es necesario que el tiempo, este grande aleccionador de los pueblos, vaya en auxilio del rezagado, del hombre moralmente sordo, incapaz de propia y determinante comprensión.

Una de las afirmaciones que desde la Primera Internacional vienen pregonando los anarquistas es la concerniente a la ficción democrática, a la inutilidad del parlamentarismo, para realizar el ideal de emancipación de la clase trabajadora. Más de medio siglo hace que el concepto antipolítico del anarquismo se halla alzado sobre el mundo y recién ahora parece que las lecciones de los tiempos van confirmando, un poco, el contenido de nuestra verdad.

Entre las muchas cosas, buenas y malas, que la última guerra nos ha traído, una de ellas es el rasgo característico de sinceridad que se manifiesta entre las clases interesadas en mantener el actual orden burgués. Y es en holocausto de esta circunstancia que las clases dominantes han arrojado, de sí, la careta que cubría sus hipócritas intenciones mostrándose, a la faz de la historia, idénticos tal cual son.

La mentira democrática, la farsa parlamentaria, esa ficción por la cual muchos cándidos, abuelos derramaron tanto sangre, se halla universalmente en bancarrota.

Y no porque el acento moral de las colectividades humanas se haya pronunciado en un sentido de negación absoluta, en el envío de ciudadanos al parlamento, sino porque las experiencias políticas de los últimos tiempos han demostrado, hartamente, la inanidad del falso concepto, del gobierno del pueblo por el pueblo.

Las democracias republicanas, igual que las de orden monárquico, no titubearon nunca, ante la imperiosa necesidad de salvar los privilegios de la nación, en echar mano de los poderes dictatoriales para afianzar la vieja sociedad, el sistema político y económico que se hundía. Las dictaduras, suceóneas de las democracias, que en estos instantes se han entronizado abiertamente en algunas partes del mundo, nos demuestran esta verdad.

Desde ahora ya no será necesaria, ni indispensable tampoco, la ficción democrática para gobernar. Se puede gobernar a los pueblos por el método de la dictadura de uno u otro color. Y la política y los políticos se hallan ya tan depreciados, ante el concepto universal, que nadie da, por ellos, un adarme de valor.

Y es que en nombre de la política liberal y democrática se han cometido, durante un siglo, las más grandes aberraciones de la historia. Se han organizado los más grandes pillajes internacionales con el nombre de colonialismo y desatado las guerras más mortíferas y espantosas que se registran en las luchas de la humanidad.

Por servir los intereses del Estado, del Capitalismo y hasta de la Iglesia, las democracias políticas del siglo XIX adormecieron al pueblo con la cantilena de su emancipación política y hasta econó-

mica. La panacea milagrosa, la ficción política, democrática y parlamentaria, ya realizó eficazmente la obra de capacitación libertaria del anarquismo y entrejó las masas del pueblo al capricho de sus amos, de sus magnates y valldos. Hasta las monarquías contra las cuales iba dirigida, principalmente la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, base de la democracia del siglo pasado, pudieron salvarse, subsistir y vencer.

Este es el triste resultado que nos ha deparado la acción política de los llamados partidos democráticos, el partido socialista incluso. Pues, bajo la égida de gobiernos netamente socialistas, o simplemente influenciados por ellos, como en Rusia, Alemania, Austria, Finlandia, Checoslovaquia, Francia y en monarquías que convivieron con la colaboración socialista, como Italia, Bélgica e Inglaterra, se han visto revivir y reviven todavía, los viejos vicios y sistemas de dominar a los pueblos mediante el engaño, el halago o la fuerza, cuando de defender el patrimonio nacional se trata.

Los métodos democráticos de gobierno han hecho fallita ya. Ningún hombre de conciencia, limpia y recta, de seriedad cívica humanizada, puede sentir afección hacia los políticos y la política. Que los gobiernos del mundo se hallen integrados por parlamentarios elegidos por el pueblo o impuestos a éste por la fuerza lo mismo da. Bajo las democracias americanas o europeas se cometen las más grandes aberraciones sociales y se realizan los más grandes negocios que el mundo haya conocido.

De nada sirve, ni ha servido nunca, mandar hombres del pueblo, gente proba, al parlamento. Llegado el caso, cuando el capitalismo nacional lo exija y sea necesaria una guerra, una combinación política o financiera o un acto de piratería internacional, los representantes del pueblo deberán hacer el juego a los plutócratas, que dominan la economía del país, o se les hará enmudecer mediante un breve decreto que les prive del poder otorgado por el pueblo.

Los hombres de nuestras generaciones ya no pueden esperar nada de la ficción parlamentaria, de la mentira democrática. Y ya no es ahora el concepto antipolítico del anarquismo quien lo dice. Lo dicen también, a voces, los últimos acontecimientos políticos y sociales de Europa que han venido a confirmar la excelencia de nuestra prédica. Pero, esto no obstante, al anarquismo no se le dará la razón.

Y es que no hay, entre los hombres ni entre los pueblos, una educación cultural de mutuas y recíprocas evidencias que, por su imperativo, nos obligue a declarar voluntariamente nuestros yerros, nuestras equivocaciones. Y no se plegará, a pesar de ello, al concepto antipolítico del anarquismo, la gran masa de los obreros encerrada en los rediles de la política radical, socialista o comunista del mundo. No bastará tampoco la experiencia ni la lección de los tiempos para abrir, en el alma del pueblo, el surco fecundo de su propia liberación.

La sordera moral es, en ciertos hombres, y en ciertas colectividades, crónica e inalterable. Empero los anarquistas seguirán fieles a sus propósitos.

Y aún cuando los pueblos sigan gravitando eternamente en las zonas de su propia estupidez, imposibilitando de este modo la realización de la Anarquía, ésta

será, al menos para nosotros, "Un camino por donde, aunque uno saliera no llegaría nunca, es uno bien y seguro de que es el único y verdadero", según frase de Juan Ramón Jiménez.

## Consistencia doctrinaria del Anarquismo

Una revista anarquista de España, ha iniciado una encuesta sobre la necesidad o no de renovar las doctrinas del anarquismo en sus aspectos tácticos y aplicación para el futuro. A ella han respondido los cerebros más selectos del anarquismo español, aportando opiniones optimistas sobre la consistencia doctrinaria del anarquismo contra los sofismas materialistas y metafísicos que han suscitado los acontecimientos de este momento histórico en algunas personas, más imbuidas por la influencia del pasado que por las irradiaciones del futuro.

Plácenos constatar el hecho, pues demuestra que las desviaciones solo se han producido en aquellos espíritus que en verdad nunca fueron sino temperamentos pasionales, despechados del orden burgués, pero bien extraños psicológicamente al pensamiento anarquista.

Rumiadores de principios revolucionarios, aceptaron aquellos conceptos que más se avenían con sus particulares tendencias autoritarias. Rindieron pleitesía a la fuerza, no como una suprema expresión de libertad colectiva, sino por lo que representa como factor de dominación. Y soñaron siempre en el fondo de sus almas, emponzoñados por la herencia secular, en emplearla un día como una apoteosis de gloria para los vencedores y un medio de humillar a los vencidos. Los factores de orden diverso que tornaron fatal la necesidad de la violencia, no les preocuparon mayormente. Pensaron repetir el vicio histórico que fué norma de las edades fenecidas, tiene su expresión en la actual y seguirá persistiendo mientras no haya sido destruido el fundamento que lo justifica: la propiedad individual y su inevitable consecuencia, la explotación del hombre por el hombre.

Nos explicamos la desilusión que el pensamiento de los anarquistas españoles ha de causar en el espíritu de los que entre nosotros se pusieron a inventar teorías nuevas para fijar como parches terapéuticos a un cuerpo sano, cuya salud no reclama nada por ahora de extrañas farmacopeas, por sobrarle vigor interno como para desarrollarse lleno de lozanía.

Si algo hubiera aquí de que cuidarse, no sería precisamente de la salud moral del anarquismo, sino de la demencia de los que han dado en detraerlo invocándolo para justificar sus propios extravíos. Y de ellos estamos, los anarquistas, perfectamente curados, ya que no hemos perdido la facultad de pensar ante acontecimientos que, en vez de hacer vacilar nuestro criterio, lo han confirmado de un modo categórico como el único e incommovible criterio anarquista.

# Ideas sobre la anarquía y la revolución

III

En efecto, ¿qué enseñanzas pudimos recoger de la revolución rusa que no festejaron más que ningún otro hecho histórico, aunque se previera su triunfo y la seguridad de nuestros métodos y a su indefectible eficacia? ¿Qué errores hemos podido advertir en nuestra tesis para erigir el futuro, ilustrados por ese acontecimiento?

Todo nos ha confirmado, nada nos negó en la práctica.

La tendencia absorbente y tiránica del marxismo, que no es otra la que impera en el alma de los que propician la dictadura, con su fracaso ruidoso, fué una luz puesta en nuestro camino, que lo tornó más claro y radiante que nunca.

Es inútil todo subterfugio y resultan ineficaces todas las sutilezas para justificar defectos que, más que en el ambiente, están arraigados en la conciencia de ciertos hombres. Es el pasado con todo su lastre de preocupaciones, quien los tiene atados a principios históricos. Ilumina en exceso su visual de topos la claridad inmensa del porvenir. Son anémicos espirituales, a quienes no es fácil abrirse como una rosa a las radiantes y frondosas primaveras.

En los vértigos de su yo interno debieran buscar los defectos que atribuyen a una doctrina superior, apuntalada con hechos que la prolongan a través de azules e infinitos espacios, para recibir el rocío generoso y fecundo de los astros. De ahí su irritabilidad de tiranos, a quienes es grato todo recurso que tienda a castigar nuestras irreverencias. Hay de nosotros si de ellos dependiera nuestra libertad! Todos los árboles serían pocos para colgarnos. Tamañitos quedarían los horrores de la burguesía para sofocar este nuestro terco pensamiento, ante los odios insatisfechos de los que anhelan substituirlo en el gobierno de los hombres y de las cosas.

He ahí bien evidenciado el abismo que nos separa. Dese un vistazo a acciones recientes; examínese al vuelo todo ese inmenso fango en que vienen chapoteando los enemigos, más crueles del anarquismo, y se observará sin esfuerzo la condición de alma del adversario.

Es la bestia que ruge ante la presencia del hombre. La fierrecilla atacada en su selva, que no quiere ver profanada por seres extraños a su condición psicológica, a su instinto primitivo.

Compádezcanos su impotencia, pero librémonos de su contacto, para conservar nuestra grandeza de alma frente a sus asechanzas.

Como representantes de un mundo inferior, bien están en su actual posición.

Basta a nuestro objeto substraer a los hombres de bien, a los destinados a crear una historia nueva, libre de su influencia corruptora.

Y esa es labor a que estamos entregados con toda la fe de quienes tienen ideas positivas, que no han pedido nada al pasado indigente para nutrirse de sabiduría exuberante.

José M. ACHA

**LA EDITORIAL "LA PROTESTA"** ha editado y puesto en venta el importante opusculo de Luis Fabre: **CARTAS A UNA MUJER**, primera edición en español. — Un tomo de 112 páginas, \$ 0,50

Cuando se habla de transformar la sociedad por medio de la escuela, no podemos menos de sonreír excépticamente, primero porque existe la imposibilidad material de extender en el régimen capitalista el influjo bienhechor de una enseñanza racional, o cuando menos de garantizar el libre desenvolvimiento de la inteligencia del niño, y en segundo lugar, — y esto es lo esencial y lo fundamental, — porque las ideas revolucionarias con las cuales debe el proletariado derribar las bastillas de la burguesía y del autoritarismo, no son ideas escolares, no tienen un contacto directo con los conocimientos puramente instructivos y científicos.

Es tan inofensiva una escuela racionalista en una ciudad como un colonia de vegetarianos individualistas en un país. Hagamos todos los ensayos imaginables, pero sin dejarnos llevar al exclusivismo en que se incurre corrientemente: ni la colonia de vegetarianos individualistas, ni la escuela racionalista transformarán la sociedad; tampoco deben distraer nuestras energías de tareas más serias y eficaces. Si Ferrer llamó la atención del mundo y ha dejado su nombre en las páginas heroicas de la historia del anarquismo, no lo debe a su escuela sino a su propaganda revolucionaria y a su muerte; la escuela moderna no era más que un pretexto para difundir por el mundo entero las ideas de la anarquía.

Por otra parte, en la escuela se adquieren útiles conocimientos, se puede saber hacia qué región del mundo están situados esos países semi-legendarios en que los gobernantes de Moscú tienen millones y millones de adeptos, se puede saber si Sócrates era griego o romano y si era filósofo o general, se pueden adquirir muy útiles conocimientos para no decir los disparates que oímos a los tenebrosos enriquecidos no obstante su analfabetismo; pero en general las ideas revolucionarias no tienen un contacto directo con la escuela, aunque se haga leer a los niños todos los pensamientos imaginables de nuestros maestros y se les haga cantar himnos rojos. En Rusia se comienza en la escuela a delectar en las obras de Carlos Marx y la figura del autor de *El Capital* y la de Lenin imponen a los niños el terror que nos causaban a nosotros las barbas severas del padre eterno y de los otros santos de categoría que aparecían en nuestros libros de lectura y en los carteles murales de la escuela. Sin embargo no esperamos que la futura generación rusa esté más penetrada de las ideas y del espíritu revolucionario que las masas rebeldes de 1905-6 y de 1917.

Las ideas revolucionarias no nacen en la escuela sino en la vida total; se puede ser analfabeto y rebelarse ante la injusticia, se puede ignorar el nombre de San Martín, el héroe de los niños de las escuelas argentinas, se puede desconocer las incomparables grandezas que un Kibaltchico encuentra en Lenin, y sin embargo amar la libertad, tener un alma solidaria; y se puede ser profesor universitario, haber escrito enormes tratados sobre todas las ciencias, habidas y por haber, tratar familiarmente los enigmas y las fórmulas científicas y ser imbécil desde el punto de vista de la sensibilidad ante el dolor de la humanidad oprimida y explotada y no tener un gesto de condenación de la tiranía y de la infamia cotidiana. Y por hoy la regla general es esa; los combatientes en las filas de la revolución, las linientas del mundo del porvenir, los que luchan por la libertad y la igualdad del género humano, los que llevan en su corazón los sentimientos de las más atrevidas concepciones de los filósofos y de los pensadores, son esos hombres que ajenas delectan un libro, porque desde su niñez han estado sometidos a la explotación más dura y que han experimentado en carne propia todo lo que la sociedad actual tiene de infame y de inhumano; los seres nacidos en una posición más elevada, los que han visitado la escuela y la universidad, los que

no confunden a Cicerón con Alejandro Magno, los que saben donde está Kamichatka y el país de los zulúes, esos son especialmente, — salvo honrosas excepciones, — los que aplauden y justifican la tiranía, los que defienden con todos los medios las iniquidades actuales, y queremos creer que no lo hacen por maldad, sino por insensibilidad ante el mal, por imposibilidad para concebir una nueva forma de organización social.

Los obreros alemanes son sumamente instruidos; hay entre ellos, más que en ningún otro país, quienes se interesan por las ciencias naturales y saben de geología y zoología y botánica más que muchos profesores; pueden hablar horas y horas como profesionales de las teorías de la descendencia del hombre, de la flora y de la fauna de Europa; esto nos demuestra una voluntad de estudiar sumamente loable, pero la revolución no avanza porque se sepa que el hombre descendió del antropeido, sino cuando se sabe cómo se llega al pleno goce de todos los derechos humanos. Para la revolución hacen más los campesinos de Jerez, casi analfabetos, pero conscientes de lo que significan la libertad y la justicia, que los que leen todas las obras de M. Beelsche. Los obreros alemanes se adormecen con su afición a esa instrucción libresco sobre las ciencias naturales, como las sirvientas de las casas ricas se olvidan de su situación sumergido en las novelas de Carolina Invernizio. Jamás llegaremos a vencer a la burguesía por la conquista de sus cátedras, desde donde se predica la verdad oficial; conquistar una cátedra en una universidad es equivalente a conquistar una banca en el parlamento; puede ser un negocio individual, pero es inútil e indiferente para los intereses de la revolución social. El proletariado tiene que vencer con sus propias ideas, predicar desde sus propias cátedras y alabara al margen del mundo político y moral existente las bases sociales y morales del futuro.

Queremos la elevación intelectual de las masas trabajadoras, a ello dedicamos el óbolo modesto de nuestros esfuerzos, pero no caemos en la infantilidad de fomentar esa elevación mediante conocimientos ajenos o absolutamente indiferentes al mundo social que germina en el movimiento del proletariado. Hay que fomentar la superación cultural partiendo de su propia base, en el sentido de la libertad, de la igualdad y de la solidaridad.

Por el grado de instrucción general, será muy difícil a la clase trabajadora competir con la burguesía; el punto fuerte de los productores son sus ideas y sus sentimientos sobre la justicia, la liber-

## MISERIA



Dibujó de Hans Batwoschek

tad, la solidaridad, y como estas ideas y sentimientos pueden existir sin saber dónde está Kamichatka y sin saber quién era Sócrates, como puede saberse todo esto e ignorar lo que significa un movimiento que tiende a la abolición de las diferencias de clase, a la abolición del principio de autoridad y del centralismo; es fácil deducir que nuestra misión primordial no es elevar el nivel intelectual de nuestros compañeros de dolor mediante los conocimientos que constituyen la gloria y el orgullo de las clases dominantes, sino por la exaltación y difusión del mundo mental revolucionario de los oprimidos. ¿Qué mérito tiene para la revolución social el escribir una palabra correctamente, el no confundir en los artículos el dativo con el acusativo, si en cambio desconocemos los principios fundamentales de la solidaridad humana, si aplaudimos la guerra, si tomamos parte en las filas de la reacción o sólo si vivimos indiferentes a la gran tragedia de la conquista de la libertad?

Adelantaremos mucho en nuestra propaganda si tenemos en cuenta un empleo racional de nuestros esfuerzos.

IV

Una voz tristemente unánime se levanta en todos los rincones de la tierra por parte de los anarquistas: ¡Hay que reaccionar! — nos dicen los camaradas

de todos los países y de todos los idiomas; hasta ahora no hemos hecho más que soñar, es preciso ser ya un poco más prácticos y dedicar un poco más de energías a la construcción; basta de críticas inútiles; hay que pensar en lo que haremos al día siguiente de la revolución.

Y abrimos los ojos a la realidad y vemos aún en pie todo el mundo que queremos y que debemos destruir para entreabrir las puertas del futuro; se nos pide que renunciemos a nuestra labor presente para prepararnos para el porvenir, que sacrificemos la misión de hoy por una problemática misión del mañana.

Todos los que reclaman nuestra atención sobre lo que habrá que hacer al día siguiente de la revolución son compañeros bien intencionados, pero que olvidan dos cosas fundamentales: que para pensar lo que haremos después de la revolución hay que pensar primero en hacer la revolución y que, como anarquistas, es decir, como hombres que tienen confianza en la libertad y en su fuerza creadora, sólo muy secundariamente tenemos que ocuparnos de las líneas de conducta para un futuro más o menos próximo, porque sabemos que la mejor regla de acción será la realidad de las cosas y la firmeza y solidez de nuestras convicciones. No legislemos sobre la medida de nuestros actos en un mañana de creación y de actividad; propaguemos hoy nuestras ideas, fortifiquémonos nosotros mismos en su espíritu, que nuestro modo de obrar no esté nunca en contradicción con nuestras ideas, y lancémoslos al mañana desconocido llenos de fe y de entusiasmo, con una sola máxima, para hoy y para siempre: No marchar jamás por la vía de la autoridad.

D. A. de S.

Espartaco se presenta a la discusión con un tema, tú no deduces nada de él. Lo dije y es verdad; hojead a Mariana, a Tácito y a Mezeray, y veréis que el hombre ha sido siempre muy servil; desde hace cuatro mil años está asistiendo a clases; le enseñan a leer con aire pedantesco los magisters, y todavía no se ha podido librar de los desposos. ¡Pueblo, ama a tu César! ¡Ama, adora tu alvarita!

Victor HUGO

Cuando han crecido los hijos del trabajo, carne de cañón o de prostitución, el padre entontecido por la mala vida, no se preocupa de los desastres que el rico arrastra a los pequeños que caen del nido.

E. ZOLA

# Literatura-Arte-Ciencia

## Dos grandes artistas franceses

Claudio Lorrain — Nicolas Poussin

### Nicolás Poussin

En Nicolás Poussin eso se afirma con más fuerza. Él sabe a dónde va, a veces demasiado, expone y demuestra con una elocuencia en la cual su compatriota Corneille hubiese podido reconocer su fuerza en forjar máximas y en encerrar en un ritmo uniforme y vigoroso todo lo que existe de impreciso y de fugitivo en la vida para imponerle la forma de la voluntad. La unidad heroica y lírica es el único punto de partida, lo demás se

claridad a ese cuerpo de mujer desnuda, a esa lira de oro brillante sobre un pecho sombrío, a ese cobre iluminado por la caída del día, a esa hoja de laurel que brilla lo mismo que un bronce verde. Como Homero comparaba a un tronco de árbol el talle de una joven, él encontraba la forma de las columnas en el torso femenino. La constante y fiel penetración del mundo lo llenaba de armonías morales ordenadas como un templo y el árbol y los senos redondos y la arista de un monumento o de una piedra recorta-



POUSSIN — Pastores de Arcadia.

agrupa en torno. La unidad plástica no es sólo el resultado de un trabajo intelectual de eliminación consciente y de construcción idealista donde la forma y el gusto, el tono local, la tonalidad general y la repartición del volumen y del arabesco responden a la llamada central de la razón. Cuando se han mirado largamente sus estudios directos, las formas esculpiendo la nada como bajos relieves tallados por la luz y la sombra, cuando se sabe que volviendo de sus excursiones a la campaña, donde los acueductos, los edificios circulares, los pinos, la línea de las colinas imponen a la inteligencia contornos nítidos y fórmulas decisivas "traía en su pañuelo piedras, musgo, flores y otras cosas parecidas que quería pintar exactamente del natural", entonces no se puede sino obedecer como él a ese potente llamado de la razón. "Yo no he descubierto nada", decía a sus amigos. Su carácter es tan elevado como la facultad de comprensión, cuya progresión es la obra de un deseo universal siempre dispuesto a espiritualizar sus conquistas. Los pámpanos, las frutas maduras, el pan, el trigo, el dotado rojizo del otoño o sino el agua pura del verano o los follajes primaverales que el viento platea y hace-estremece, son el centro sensual de sus sinfonías abstractas cuyo grave colorido responde a un propósito de unidad voluntaria que presta tanta mayor

da sobre el cielo entraban en el ritmo de las danzas para unir sus curvas con las resonancias musicales y purificarlas conjuntamente en su pasaje al espíritu.

Ora paseara sus sueños lúcidos en los paisajes tormentosos de las bacanales, bajo las nubes grises y negras y el profundo azul y los follajes ásperos, ora se inclinara sobre las aguas para sorprender en sus inmortales tinieblas, la silueta plateada de los dioses, jamás el mito antiguo y el ardor italiano dejan de recurrir a la medida y a la nitidez francesas para expresar la nobleza de su sereno sentimiento.

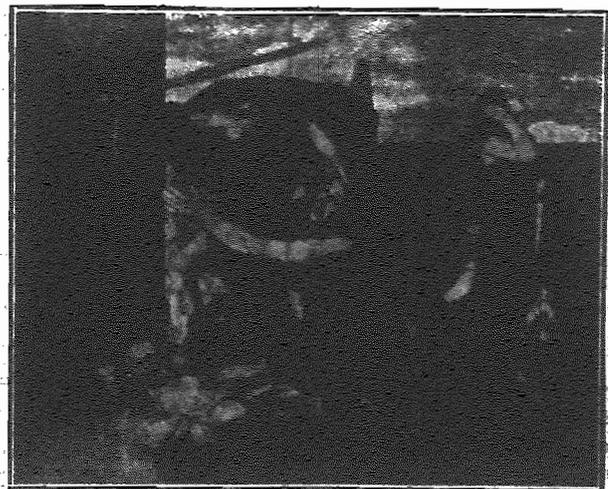
La disposición regular de las casas sobre las colinas, el frente recto de las columnatas, las enormes torres circulares coronando las alturas, todo lo impulsaba a volver a encontrar en la disposición de los árboles, en la masa de las ondulaciones terrestres y hasta en el cielo cargado de nubes, ese sentido arquitectural del mundo propio de los artistas de su raza y que traducen, desde la iglesia romana y de la nave gótica hasta los jardines de Le Notre, a los castillos de Mansard, a la música de Rameau, a los palacios de Gabriel y a los poemas de Vigny con el mismo lirismo contenido y la misma razón firme. Todo concurre y se somete. La actitud y la forma humana son un sentimiento a que haya en los elementos de la naturaleza una subordinación rigurosa que enlaza el movimiento de los as-

tos a la sucesión de las estaciones y al latido de los corazones. Se lo encuentra en el gesto de un brazo al recoger una fruta en las ramas de un árbol, escanciar el vino en las copas, al sostener un fardo sobre la cabeza erguida, segar el trigo, conducir un caballo a la labor, lanzar una línea en el agua, volviéndose a medias para escuchar a un cantante, tender un arco, sacudir el tiro o colocar sobre una frente una corona de roble. Toda función toma en subordinación soberbia a la voluntad superior que jerarquiza a la naturaleza para hacer surgir de ella la inteligencia como a su más elevada función, una pureza emocionante. Un tiro al galope, un buey que levanta la frente, una tropilla muda bajo la luna, las tetas infladas de una cabra de la cual pende un niño, una nariz de caballo sobre el agua, son acontecimientos que resuenan hasta la extremidad de las ondas de armonía secreta que la contemplación del universo hace elevar en nosotros. El árbol de negro tronco que asciende puro como una columna de templo es un himno de reconocimiento al orden prodigioso del mundo. La voz gigantesca de los dioses murmura con los vientos, con las alas de las abejas, y la claridad del día sobre la corteza plateada, sobre el borde de las hojas temblorosas, es una mirada de orgullo del astro rey. La tierra, el espacio, el amor, el juego de los hombres y de la mujer, la sagrada sumisión de las bestias, todo ello es sublime y todo es inocente. Todo se depura y engrandece cuando se consiente a todo, con el fin de imponer a todo el contacto de lo que se lleva en uno mismo de más elevado, de más noble, de más capacidad de admiración.

Ese gran hombre, como todos los de su siglo, no se entrega sino lentamente. Al principio es ceñudo, de tono severo. El alma profunda aparece después, cuando se renuncia casi a aferrarla, el alma idílica, amorosa y sensual de un ser decidido a recoger la poesía y la inmoralidad del mundo con la condición de que permanezca dueño de trazar rutas seguras y cimas accesibles. Para no amarlo cuando se

le ha comprendido es necesario no haber sentido renacer en el fondo del corazón purificado, la ilusión de los cantores de nuestra lejana aurora, donde el deseo percibía mujeres desnudas pasando bajo los árboles, temblar mirajes en el agua, cuando los trabajos y los juegos ritmados por el andar de los astros daban a la vida la apariencia de un santo poema, que todo lo que está sobre la tierra contribuía a ennoblecere. Brazos puros se abren en el espacio para llamar a la voluptuosidad o para mecer el sueño, cráneos redondos de niños reposan sobre el vientre o la espalda de las madres, cabezas coronadas de flores hiérguense para mirar derecho o se inclinan sobre los pechos; la marcha, el arrodillamiento, las manos suplicantes, todo el drama y la égloga se inscriben en un desarrollo soberbio que pasa a través de la vida como una infatigable afirmación de reconocimiento y de fe. La masacre, tanto como el amor, es un pretexto para glorificar la forma cuyo esplendor tranquilo aparece solamente a los que han penetrado la indiferencia de la naturaleza ante la masacre y el amor. Dos recuerdos profundos sugestionan a Poussin. El ha visto realizarse en los bosques donde la sombra es ardiente, las fiestas orgiásticas del Tiziano y del universo. El *Incendio del Borgo* (1) le ha revelado cuánto pueden los miembros esculturales, separados por el espanto o en tensión por el ruego, introducir entre los hombres de harmonías superiores a la piedad, porque son creadoras de esperanzas. Ha partido de allí para establecer la tragedia francesa y alcanzar al alma perdida, el alma musical y temblorosa de Racine a través del orden corneliano.

Y esto no es todo. La huella es profunda. Todos los franceses, hasta en el siglo más fuerte y espléndido de su pintura, la revelarán apasionadamente. Ved el niño dionisiaco de Boucher y de Bouchardon. Ved el sentimiento religioso de los bosques y las praderas, las formas desnudas y los ramajes reflejados en las aguas dormidas, el acorde de las bacanales y la égloga con la arquitectura de las nubes



POUSSIN — Masacre de los inocentes.

y los bosques, el árbol heroico de hojas extendidas, Watteau, Vermet, Ingres, Corot, Pavis de Chaannes, Cezanne. Ved los colores aterciopelados de las frutas de Francia, maduras desde Watteau, Charadin, Corot, a veces Ingres, irán a beber sus armonías. Y ved los brazos levantados, rostros convulsos, cadáveres trágicos, el drama sensual y fúnebre que atraviesa en torno a Delacroix.

Elie FAURE.

(1) Afresco de Rafael.



POUSSIN — Pastores de Arcadia.

## Del deseo de belleza

Hagamos del arte un culto, y que ese culto sea una exteriorización permanente de las bellas virtudes del espíritu. Busquemos que su manantial sea la naturaleza, madre de la vida, y busquemos que esté en relación constante con el latir invisible de la tierra y del universo.

Tratemos de expresar con cierta verdad las hermosas cosas, siempre que esa hermosura resulte la sutil expresión de la bondad, y afanémonos en hallar lo grandioso en lo simple, lo eficaz en lo aparente. El arte que reproduce el vicio, la vulgaridad o los vanos placeres, debe ser considerado como profano. Es necesario que el trabajo, el amor, la maternidad, la muerte se relacionen con la vida y que todo tienda a la traslación y a la elevación del espíritu.

Sin embargo, conviene hacer notar que no son los géneros de arte y sí la cualidad del arte la que fija y descubre los verdaderos valores... También es bueno añadir que una obra artística ha de ser la producción de un hombre digno de producir. El arte debe revelar sensaciones nuevas; el que deja al observador indiferente, no puede ser considerado como arte. Y la impresión que una obra produce, casi siempre está en relación directa con la emoción que el artista invirtió al concebirla y crearla. Obtendrá lágrimas, si en lágrimas fué amasada, y despertará entusiasmo si ella es fruto de entusiasmo. En la vida superior del sentimiento nada se pierde y todos los valores,

tarde o temprano, son reconocidos.

He dicho que el arte debe ser un culto, pero no he dicho cómo puede llegar a serlo. El elegido que se sienta atormentado por la dulce y grata pasión del arte, debe dejar de lado afectos y riquezas, y, libre de toda preocupación vulgar, vivir en una comunidad de artistas que res pondan a su ideal.

Semejantes comunidades las hay en todos los países, y en ellas los artistas consagran su vida al culto de la belleza y

de todas las virtudes espirituales, y acogen al recién venido en carácter de neófito.

El arte no es tan sólo la actividad del que produce la belleza; es la única que engendra la riqueza, en el verdadero sentido del término. En el trabajo que pasa por las manos del artista, hay la expresión emotiva que el artista experimenta en el momento de la concepción, y esa emoción se comunica al que lo contempla, dando así a la obra de arte un sobre-valor, o, lo que es lo mismo, un valor espiritual y humano.

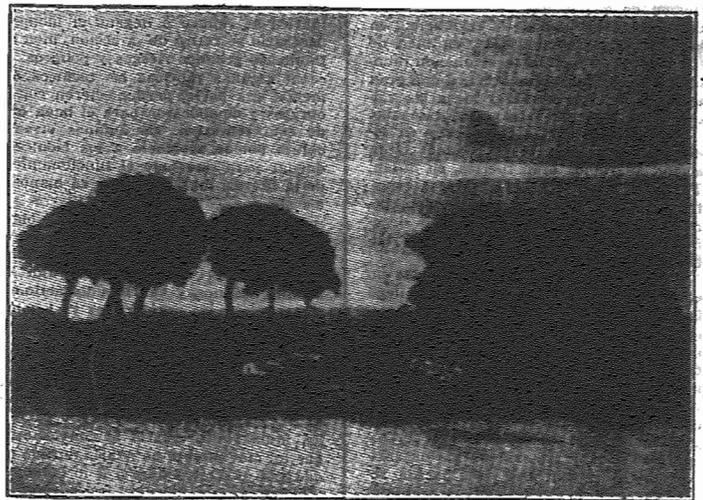
Amo la bondad, la belleza, la salud, la fuerza y el trabajo. Son esas virtudes que todos los hombres poseen, lo mismo que los demás animales. La superioridad humana comienza allí donde el trabajo únicamente manual y la obra material terminan, y donde se inician el amor y el trabajo nacidos de la inteligencia.

Si al pasar delante de una casa insignificante, habitada quizás por un pobre trabajador, se observa que las ventanas están adornadas de flores, dedúcese que la vivienda es confortable y que quienes la ocupan no son gente despreciable. Allí dan principio el arte y sus radiosas manifestaciones.

Giovanni SEGANTINI

(Segantini ha sido el pintor italiano más grande de estos últimos tiempos. Fué divisionista y el primer simbolista italiano. Su obra está llena de un elevado idealismo, al mismo tiempo, que acusa un entrañable y puro amor a la naturaleza.)

## SALON NACIONAL DE BELLAS ARTES



ANGEL D. YENA — "Los Arbolitos"

## Ojeada general sobre el movimiento libertario en Italia desde 1914 a nuestros días

II

Es preciso conocer bien la psicología del pueblo italiano para explicarse y poder comprender los diferentes acontecimientos que llevaron a este pueblo de lucha en lucha, de conquista en conquista. Es preciso conocer su psicología para comprender bien cómo ha podido vivir durante todos aquellos años con una sola voluntad: para la revolución y la libertad. Para comprender cómo ha podido sostener luchas colosales, grandes sacrificios sin más armas casi que su voluntad y su entusiasmo. Cómo ha podido pasar por una serie ininterrumpida de luchas hasta el gran acontecimiento que, además de demostrar la fuerza revolucionaria, demostró aún más la madurez de las masas trabajadoras italianas para una revolución social: la ocupación de las fábricas por parte de los obreros y la ocupación de la tierra por parte de los campesinos. Es preciso conocer el ánimo de este pueblo tan profundamente sensible a todo lo que es ideal, poesía, pasión, para comprender su marcha gloriosa y su derrota actual, sobre todo su actual martirio.

El pueblo italiano es un pueblo fuerte y profundamente pasional. En ningún país como en Italia vemos a los ferroviarios obstaculizar un tren e impedirle continuar porque estaban enganchados a él vagones de armas destinados a Polonia para combatir la revolución rusa; sin embargo en el tren estaban los gendarmes dispuestos en todas partes a sofocar en sangre cualquier agitación obrera.

En ningún país se ve a los marineros ocupar y posesionarse de los navíos que enarbolaban la bandera de un imperio que no existía ya, del imperio zarista de los Romanoff.

En ninguna otra parte que en Italia vemos a los trabajadores de los puertos dejar semanas y semanas las mercancías bajo el techo de los puertos o en las estibas de los navíos sin descargarlas ni cargarlas porque iban dirigidas a la España boicoteada o a Hungría. Y sin embargo, todos estos actos de rebeldía eran reprimidos y han costado inmensos sacrificios y dolores a los trabajadores italianos; pero eso era un ideal, una pasión, y el sacrificio era cumplido con alegría.

Y en la conciencia de esa psicología, en unos momentos entusiasta sin límites, en otros de un negro pesimismo y decaimiento es donde podemos hallar la explicación de cómo los revolucionarios, las masas trabajadoras italianas han podido pa-

sar de una situación tan revolucionaria a la posibilidad de la instauración del dominio fascista.

La pregunta circuló y fué pronunciada por millones de labios; ¿cómo es posible que los trabajadores italianos se hayan dejado desarmar sin intentar el golpe decisivo, en el otoño de 1920, cuando era fácil hacerlo y fácil vencer?

La tragedia italiana comienza precisamente en el otoño de 1920, cuando, en nombre de la revolución próxima, en nombre del martirio de la revolución rusa, los políticos indujeron a los obreros y a los campesinos de Italia a desviarse de su avance glorioso. Los políticos supieron muy bien entonces explotar la psicología del pueblo y supieron bien trabajar de manera que se les tornara cómoda y conveniente.

Recuerdo aún, episodio sintomático, de una de las últimas sesiones de los representantes de los Consejos de fábricas en Milán, donde todos los dirigentes, con palabras conmovedoras, con discursos llenos de poesía indujeron a los delegados de las fábricas milanesas a aceptar que los industriales volviesen a los establecimientos, no como patronos, sino como colaboradores. Me recuerdo de las palabras del representante de la sección central metalúrgica (Bruno Buozzi) a los delegados de todos los establecimientos que habían acudido armados, no sólo con armas, sino también con voluntad de resistencia, a la sesión decisiva de los consejos de fábrica. No os propongo, dijo, — y sus palabras podían sonar para quien no lo conociese como palabras de pasión y ciertamente causaron mucha impresión y desarmaron a una parte de la oposición — una retirada, muy lejos de ello, sino que os digo que por el buen éxito de la revolución que hemos comenzado, por el ideal que anima a todos nuestros compañeros, por sólo muy poco tiempo, lo estrictamente necesario para prepararnos mejor y organizarnos, depósitos las armas. Deponedlas, pero que estén prontas siempre en las fábricas — que serán siempre vuestras, porque lo habéis demostrado ahora —; cuidadlas como cuidáis a vuestros hijos y vigiladlas como los vigiláis a ellos, y mañana seréis reclamados de nuevo en estos puestos de lucha. Mañana, con más vigor, fuerza y preparación, podremos recomenzar la lucha, nuestro avance.

Y bien que mal humorados y no ciertamente con unanimidad, los obreros dejaron entrar otra vez en las fábricas a los industriales y los campesinos en la

tierra a los latifundistas, pero fué porque se había conseguido hacerles adoptar la ilusión de que lo que se hacía era preciso hacerlo en bien de la revolución, en bien de la revolución rusa, en bien de sus ideales, en bien de la revolución mundial. Y con la ilusión de servir a una gran causa se dejaron arrastrar hacia las raucos de la reacción salvaje, del fascismo.

Ciertamente, en las campañas y en todas partes en que la propaganda y la acción anárquica eran fuertes, en Milán, Turín, en toda la Liguria, etc., la resistencia obrera persistió más tiempo, pero inútilmente, porque las mismas organizaciones sindicales y políticas se habían declarado contra los obreros.

Fueron numerosas las fábricas que no cedieron inmediatamente, aunque llegó la orden imperativa de la organización central de los metalúrgicos, de la Confederación General del Trabajo y del Partido Socialista, y por más de una semana resistieron aún en los establecimientos. Pero su sacrificio y su resistencia debieron estrellarse ante la violencia del gobierno que se había vuelto a torturar gracias a la traición de los organismos sindicales centrales y del partido socialista, que en aquel tiempo contenía aún, más: era dirigido por los comunistas.

Hacia ya tres años que los metalúrgicos habían mantenido constantes reclamaciones que, después de pacíficas negociaciones, eran rechazadas por una huelga. Ya en 1920 la huelga metalúrgica había durado cerca de tres meses, y en 1922 se preparaba la resistencia para que más encarnizada y por consiguiente una huelga sin fin. Los obreros habían comprendido que, aunque victoriosa, una huelga larga significa siempre, materialmente, una derrota para los obreros. Y siendo gran necesidad de una huelga, una lucha por la conquista de una existencia mejor, no querían emprender una nueva huelga según la vieja fórmula pasiva de los brazos cruzados. Era preciso buscar nuevos caminos, nuevos medios. Los empleados postales y telegráficos habían aplicado ya durante una agitación el método de la resistencia pasiva: del obstruccionismo y había dado un magnífico resultado y sobre todo había demostrado la incompetencia de no pocos técnicos y de la dirección. Ese obstruccionismo no consistía en otra cosa que en la aplicación a la letra de los reglamentos fijados por la dirección "para el perfecto funcionamiento de las cosas". Y se vió que obrando así todo marchaba al revés, nada funcionaba con la regularidad y la perfección obtenida cuando se dejaba a un lado el reglamento y se concedía la libre iniciativa a los obreros.

Por tanto los metalúrgicos decidieron, en lugar de iniciar una nueva huelga, aplicar en todas las fábricas ese obstruccionismo. Todo obrero quedaría en su puesto de trabajo, pero obraría sólo siguiendo el articulado del reglamento interno de la fábrica. Así, a consecuencia de esta deliberación, en la segunda quincena de agosto de 1920, y más precisamente, el 20, algunos millones de metalúrgicos aplicaban en toda Italia este nuevo método de lucha.

Las direcciones de los diferentes establecimientos estaban imposibilitadas para adoptar medidas represivas contra los obreros, en tanto que todo era normal y de acuerdo al reglamento impuesto por la misma dirección.

La producción disminuyó de golpe casi más de tres cuartas partes, tanto que al terminar la primera semana los industriales decidieron no dar trabajo a los obreros más que a destajo, creyendo afectar así el bolsillo de los trabajadores. Pasaron así una decena de días hasta que uno de los mayores establecimientos metalúrgicos de Milán (Romeo) cerró de improviso la fábrica, declarando que volvería a ser abierta cuando hubiera vuelto a los obreros la voluntad de trabajar, e hizo ocupar militarmente el establecimiento. Ante esta provocación de los industriales, los metalúrgicos, cuyo comité de agitación estaba permanentemente reunido — declaró la inmediata ocupación de las fábricas de Milán, "a fin de evitar que pudieran repetirse hechos como el ocurrido por la mañana", ocupación que se realizó en parte a medio día de la misma jornada. Se estaba entonces a pri-

meros de septiembre (1). La ocupación no se había realizado en todas partes pacíficamente y era obstaculizada. Más de una fábrica se rehusó o llegó al momento necesario se retiró de la acción, bien que implicase grandes riesgos y peligros.

En algunas fábricas los técnicos o al menos una parte, permanecieron con los obreros y colaboraron para el buen éxito de esta tentativa. En algunas otras se obligó por la violencia a los técnicos a que quedar para que todo el funcionamiento de la fábrica marchase bien en manos de los obreros.

Los primeros días fué Milán sola la que había ocupado las fábricas metalúrgicas y el hecho habría quedado inconscientemente privado de aquel valor que asumió después, y habría sido fácilmente sofocado por los industriales y el gobierno si se hubiese circunscrito sólo a Milán y aún a toda la Lombardia. Pero algunos días después Turín y toda la Liguria habían seguido el ejemplo de Milán, y en menos de una semana el movimiento se extendió a toda Italia. De parte de los industriales existía la convicción de que tal movimiento no habría durado más que tres o cuatro días o a lo sumo una semana, y que después los obreros, no sabiendo qué hacer de las fábricas, las habrían restituido de inmediato. Y esto explica también en parte por qué fueron las fábricas en el primer momento ocupadas fácilmente. El sindicato de los industriales metalúrgicos, mejor aún, su presidente, "Garak", expresó esta idea en muchas ocasiones: "No podemos aumentar los salarios ni hacer más concesiones a los obreros, porque no lo permite el estado actual de la industria metalúrgica italiana. Que los obreros tomen las fábricas, y verán por sí mismos y estarán obligados a darnos la razón". Pero esto era sólo un argumento polémico como tantos otros y un golpe de estrategia que no tuvo éxito gracias a la pronta y profunda acción espontánea de las masas y de los elementos revolucionarios.

Los obreros se habían instalado en las fábricas y habían reemprendido por sí solos la producción. En las fábricas sin "dirección" y sin "patrón" se trabajaba plenamente, produciendo como antes, bien que el número de los trabajadores fuese disminuido a causa de que una parte tenía que montar la guardia a fin de evitar algunos asaltos posibles de parte de la policía (2).

Las comisiones internas elegidas por los obreros, no tenían otra función durante la ocupación de las fábricas que regular las diferencias que habrían podido surgir entre los obreros y llevar los deseos del taller al Comité de agitación (3). No podían deliberar nada sin haber interrogado al respecto a los obreros, como no podían tomar ninguna resolución disciplinaria por sí mismos contra cualquiera que fuese. Su función, en definitiva, no era más que de pura relación entre las fábricas, de control técnico y administrativo. A propósito de medidas disciplinarias se había decidido por unanimidad en todas las fábricas que todo obrero que se ausentara por tres días del taller sin justificar la ausencia no tenía derecho a volver y era considerado como dimisionario.

La revolución latía plenamente en Italia: en el norte las fábricas eran ocupadas por los obreros, en el sur los campesinos habían ocupado ya los latifundios y comenzaban ya el trabajo en común. También entre los campesinos había penetrado un espíritu profundamente revolucionario y en parte habían abandonado el sistema del sabotage que había devastado antes los campos. Los anarquistas sobre todo combatían fuertemente el viejo sabotage — el de perjudicar entre los campesinos la cosecha y los animales y entre los obreros las máquinas; porque considerando tanto las tierras como las máquinas como propiedad exclusiva, las primeras de los campesinos, las segundas de los obreros, todo daño que se les ocasionara era un daño que recaía sobre los mismos trabajadores. Especialmente Errico Malatesta, en diferentes e interesantes artículos aparecidos en *Umanità Nova*, sostuvo la necesidad, no de destruir, sino de tomar. Los obreros y los campesinos no debían arruinar el fruto de su trabajo o sus máquinas, sino poseerlas del trabajo, de las máquinas. Haciendo así, los obreros y los campesinos, aún sin quererlo, aún sin decirlo, realizaban

la revolución. Y la revolución en Italia profundizaba y se extendía siempre más, casi sin violencia. Estaba en potencia y no hacía falta más que un poco de valor para decirlo claramente.

Ya muchas fábricas habían entrado en relaciones con las cooperativas obreras, que a base del crédito sobre la producción, concedían toda clase de artículos alimenticios y todo cuanto en general podía necesitar la familia de los trabajadores. Los obreros que necesitaban algo, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar, por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales, por el aislamiento en que habrían quedado los metalúrgicos si al manifiesto de solidaridad lanzado por ellos a los obreros de las otras industrias, no hubiesen estas respondido inmediatamente ocupando a su vez las fábricas y extendiendo la ocupación a todas las industrias.

Se estaba propiamente en pleno movimiento, pero entre los dirigentes faltaba el valor y sobre todo la voluntad de entrar en la vía de la franca revolución.

El gobierno estaba imposibilitado para obrar, de cualquier modo, contra los obreros. El ejército era más que inseguro, simpatizaba con los obreros y les había dado una gran cantidad de armas y municiones. Ya en junio, en Ancona, los bersaglieri habían hecho con la población una gran revuelta contra las guerras coloniales, demostrando claramente que no querían marchar. Después de este episodio de revuelta el gobierno no se fiaba del ejército. Los soldados se rehusaron a salir a la calle contra las demostraciones, y la policía por sí sola era incapaz. Fué así que durante el gran movimiento de ocupación de las fábricas, la indisciplina del ejército, la insuficiencia de la policía y las armas de los obreros indujeron al gobierno — según dijo el propio Giolitti en el parlamento — a abandonar todo propósito belicoso.

Ya en Toscana los mineros tomaban posesión de las minas; en Liguria, en Piamonte, en Lombardia los textiles, químicos, etc., ocupaban poco a poco sus fábricas, mientras en el sur de Italia los campesinos continuaban invadiendo los terrenos dejados sin cultivar. Los ferroviarios consignaban a los obreros los vagones de materias primas que yacían en las diversas estaciones, y todo parecía adquirir de un momento al otro formas más decididas. En los obreros, entre los anarquistas y los elementos revolucionarios en general, no sólo reinaba la fe, sino también la voluntad. No era lo mismo entre los dirigentes reformistas de la C. G. del Lavoro; en una reunión celebrada el 12 de septiembre en Milán entre las organizaciones sindicales y los partidos revolucionarios (estaban allí también los anarquistas), a la proposición de extender y profundizar el movimiento más aún, y en respuesta a las proposiciones prácticas avanzadas por el secretario de la Federación de los Trabajadores del Mar, capitán Giulietti, — donde los anarquistas tenían una gran influencia, — un representante de la más grande organización sindical de la C. G. del Lavoro respondía en apoyo de su tesis contra la ampliación iniciada por los metalúrgicos, que Italia no podía iniciar una verdadera revolución social. Que Italia no habría podido resistir largo tiempo un régimen revolucionario, circunscrito por todas las naciones puramente burguesas, faltándole hierro, carbón y muchas otras materias primas, y sobre todo por su situación geográfica que la hace accesible a un bloqueo; pedía que se postergara el movimiento hasta que por lo menos Rusia entrara en Polonia y diese un válido apoyo a la Alemania revolucionaria;

creando una situación favorable también para la revolución italiana.

Tales argumentos no quedaron sin una fuerte crítica y provocó animadas discusiones, pero la decisión fué "no extender el movimiento, postergándolo para un momento más favorable".

Se tuvieron luego otras reuniones, esas sólo entre los miembros de la dirección del Partido Socialista y de la C. G. del Lavoro, pero siempre prevaleció la tesis de la postergación de todo movimiento más vasto, en espera siempre de... tiempos mejores.

Los obreros ocupaban las fábricas desde hacía más de tres semanas cuando se puso que los dirigentes de la C. G. del L. estaban dispuestos a tratar con los industriales, o mejor, con el gobierno, que se había interpuesto como árbitro, y que debían reunirse las dos partes contendientes en Turín, con la presencia del presidente de ministros, Giolitti. Las primeras voces después de la noticia oficial de las negociaciones, desanimaron a los obreros que, comprendiendo la solución querida por los dirigentes, no querían trabajar aunque quedasen en las fábricas.

Pasó otra semana, y después de la reunión de Turín se tuvieron nuevas negociaciones en Roma, siempre ante la presidencia de Giolitti. En muchas fábricas se quería preparar la defensa contra todo acontecimiento y se quería mantener las fábricas contra la voluntad de los dirigentes. Los comités de fabricación, en muchas ocasiones, se habían opuesto a toda negociación y manifestado en favor de la extensión del movimiento, pero las negociaciones continuaron y ya se había estipulado en Roma en líneas generales el contrato que ponía término a la ocupación de las fábricas.

El descontento fué grande y muchas fábricas se negaron a reconocer el convenio concertado y continuaron la resistencia largo tiempo. Pero el movimiento había sido tan terriblemente debilitado en su base que, no obstante los esfuerzos heroicos, no había esperanza de reanimarlo. No quedaba más que dedicarse fuertemente a la labor y prepararse mejor para otra ocasión.

En tanto, la burguesía, mejor que los revolucionarios, supio aprovecharse, y si esperar para una ocasión mejor que podría presentarse mañana, y sin perder tiempo, trató, utilizando todos los medios, de poner fin una vez por todas al llamado "terrorismo rojo", dando vida y medios de acción al fascismo.

Los obreros abandonaron las fábricas, escondieron las armas, se desalentaron, un poco por la inutilidad del esfuerzo realizado, un poco porque cada día estaban más traicionados por los llamados "sus representantes" y no pudieron ya luchar con el mismo entusiasmo y energía contra la reacción creciente, dejándose invadir por un negro pesimismo que sirvió muy bien al fascismo.

¿Cuál fué la actitud y la acción anárquica durante y frente a este gran movimiento?

Ciertamente, su labor no podía reducirse a la de simples participantes, a la de meros críticos. Ante los nuevos hechos que se proyectaban cada día y exigían una cierta e inmediata solución, los anarquistas debían, si no querían alejarse de las masas, decir su palabra al respecto; presentar, no justamente un programa definitivo de reconstrucción y de solución de todos los problemas, sino su posibilidad de realizar con éxito la revolución social y dar, una cierta armonía a su acción general.

Un trabajo notable en este sentido, y que tuvo una gran repercusión; tanto en el campo revolucionario como en el campo enemigo, por su profusión de datos y el profundo conocimiento de la cuestión, fué publicado en el diario anarquista *Umanità Nova* y recogido después en folleto: "Fattori economici del successo della rivoluzione sociale" (4).

Esta es una respuesta de un profundo conocedor de la cuestión al argumento de los que no querían la revolución y habían buscado en su ayuda todas las más terribles calamidades que habían sucedido a Italia una vez iniciada la revolución.

Los anarquistas, con su activa propaganda y su acción, precipitaron los acontecimientos y los impulsaron a desenvol-

verse; D  
que un  
cinó ha  
dos todo  
mente ce  
ra revol  
facilita  
mas —  
ner y ha  
que por  
drian co  
terior d  
ban, per  
situación  
diversos  
analizad  
dos sus  
Al pr  
otro pro  
gencia a  
los anar  
product  
ductos q  
quería y  
y misa  
lución,  
siempre  
que los  
Graves  
través  
rios, o  
deposít  
los def  
biesen  
al cons  
solución  
ba en e  
obrer  
cas y  
la orp  
E. La  
no util  
El m  
os últi  
te en  
que p  
demás  
as asu  
bien p  
nomen  
das-p  
bien d  
rrios d  
las al  
ter los  
elimina  
rios y  
aún, a  
cuadras  
ciones.  
ción. f  
de las  
estaba  
Y fué  
los qu  
cesida  
rativa  
tantes  
de la  
todos  
el soc  
más q  
cursos  
Per  
ción d  
nes si  
este g  
deshe  
en la  
ción  
anarq  
egía  
bra y  
da te  
clarid  
de re  
das, l  
los m  
Tal  
trael  
era in  
tas n  
ra av  
taba  
el pé  
Italia  
Cie  
los a  
mane  
ejerc  
anarq  
los a  
para  
los a  
ca de  
Socia

verse; pero tenían presente la dificultad que un tal movimiento y una tal situación habrían encontrado cuando, cortados todos los lazos, se presentara claramente como el principio de una verdadera revolución social. Sabían con qué dificultades — por falta de materias primas — tendrían que chocar para mantener y hacer vencer la revolución. Sabían que por muchos años no tendrían ni podrían contar con la importación del exterior de las materias primas que faltaban, pero habían demostrado con datos situación de tal modo crítica. Y en sus diversos y numerosos órdenes habían analizado y estudiado la cuestión en todos sus detalles.

Al problema de las reformas seguía otro problema que por su gravedad y urgencia no podía menos que interesar a los anarquistas: era el del cambio de los productos manufacturados con los productos agrícolas. Era preciso, si no se quería paralizar y matar toda industria, y minar mortalmente la nascente revolución, que la producción continuase siempre del modo más regular posible. Que los productos manufacturados, sin graves interrupciones y sin perderse a través de la larga serie de intermediarios, o peor aún, sin amontonarse en los depósitos, repitiendo el mismo error y los defectos del sistema capitalista hubiesen podido encontrar inmediatamente al consumidor. No se podía postergar la solución de tal problema que se presentaba en toda su gravedad y urgencia a los obreros que habían ocupado las fábricas y que sobre todo querían mantener la ocupación.

Estaban allí las cooperativas, ¿por qué no utilizarlas?

El movimiento cooperativista, que en los últimos años se había hecho muy fuerte en torno al movimiento sindical, y que poseía ya una base muy sólida y además había logrado penetrar en todos los rincones de Italia, podía muy bien asumir esta tarea. Las cooperativas, si bien por su naturaleza reformista en los momentos normales eran muy criticadas por los anarquistas, podían servir bien, dadas sus ramificaciones en los barrios de la ciudad, en las provincias y en las aldeas, de lazo de unión directa entre los productores y los consumidores, eliminando todos los demás intermediarios y la burocracia gubernativa. Podían, asumiendo formas nuevas, más adecuadas y eficaces para sus nuevas funciones, asumir la tarea de la distribución, tanto de las materias primas como de las manufacturadas (y en Italia ya lo estaban realizando).

Y fueron precisamente los anarquistas los que expusieron y sostuvieron esta necesidad, es decir, la de dar a las cooperativas una de las funciones más importantes y capitales en el desenvolvimiento de la próxima revolución, mientras que todos los demás partidos, y sobre todo el socialista, no veían y no ven en ellas más que un buen medio para obtener recursos financieros para su propaganda.

Pero todo debía caer gracias a la traición de los dirigentes de las organizaciones sindicales, por la cual fué deshecho este gran movimiento revolucionario. Fué deshecho, no obstante que, precisamente en las últimas semanas, cuando la traición socialista ya estaba en marcha, los anarquistas se dedicaron con nueva energía por medio de la prensa, la palabra y la acción, a una activa propaganda tendiendo a crear en los obreros la claridad de las posibilidades y necesidad de resistir en las posiciones conquistadas, y de avanzar contra la voluntad de los mismos jefes.

Tal vez era ya demasiado tarde. La traición ya había comenzado y la derrota era inevitable. De parte de los anarquistas ninguna tentativa fué descuidada para avivar pronto el movimiento, pero estaba a punto de invadir el desaliento y el pesimismo a las masas trabajadoras italianas.

Ciertamente sería absurdo afirmar que los anarquistas estén absolutamente inermes de todo pecado de ilusiones; por ejemplo, lo que devasó el movimiento anarquista, la del frenio único y la de las alianzas, que no sirvieron más que para encadenar la acción anarquista a los supremos intereses de la política de la C. G. del Trabajo y del Partido Socialista, política que no consistía en

otra cosa que en la conquista de un puesto ministerial. Pero aparte de estas ilusiones que perjudicaron el movimiento en su desarrollo, los esfuerzos de los anarquistas que tendieron a mantener vivo y a profundizar este movimiento, fueron verdaderamente grandiosos.

HUGO TRENE

(1) A título histórico será bueno recordar que ya antes de esta fecha se habían hecho en Italia tentativas parciales de ocupación de las fábricas por parte de los obreros, y precisamente el 23 de marzo de 1920 por parte de los metalúrgicos de la fábrica Miani y Silvestre de Nápoles. Esta tentativa fué pronto reprimida en sangre y llevó después a una huelga general en toda Nápoles.

(2) En algunas fábricas la producción

fué mucho mayor de lo que lo fué durante el período normal con los industriales.

(3) Las comisiones internas que hacían funciones de consejos de fábrica estaban compuestas de un obrero por cada repartición, y para las pequeñas fábricas, de no menos de tres, con un presidente, el obrero que había obtenido mayor cantidad de votos. Podían ser renovadas cada día si no habían pecado de la confianza de la masa, pero la duración máxima era de un año.

(4) Obra de un viejo compañero y uno de los más notables profesores de química de Italia. Es autor de una manifiesta obra: "Tratado de química orgánica e inorgánica". Fué colaborador del periódico anarquista "La Protesta Umána", de Milán (1905-1910), y colaborador astuto de "Umanità Nova".

ARNOLD ROLLER

Páginas de la historia del proletariado español (1848-1907)

(Continuación)

La difusión de la Internacional proporcionaba a la clase dominante bastantes sustos, por lo cual fueron reclamadas al parlamento ya a fines de 1871 leyes de excepción y la prohibición de la Internacional. Una parte de los diputados republicanos, Pi y Margall, Salmerón, Castelar, así como los internacionalistas en el parlamento, Garrido y Lostau, defendieron la Internacional. Los debates apasionados en el parlamento en pro y en contra de la Internacional duraron varias semanas, lo que debía atraer más aún la atención sobre ella. Al fin la ley contra la Internacional fué aprobada y al comienzo de 1872 se envió a todas las autoridades de España la orden de disolver, en todas partes las secciones de la Internacional. Pero la Internacional se desarrolló clandestinamente y más poderosa que antes. Nuevas revueltas republicanas y federalistas barrieron también ese gobierno y al comienzo de 1873 se proclamó la república democrática federalista.

Los jefes de la burguesía republicana que ahora tenían en sus manos el mando, se apresuraron de inmediato a arrojarse todos sus principios por la borda en beneficio de la formación del poder. Los nuevos dominadores, que tenían que agradecer su poder a la circunstancia de que antes habían propagado durante años el federalismo por la palabra y el escrito y por las conspiraciones, organizaron ahora el más sofocador centralismo — a pesar del nombre federalista de la república. La población española, que se compone de nacionalidades completamente distintas, con dialectos y hasta con idiomas distintos, diversa cultura, hábito nacional y costumbres diversas, reclamó finalmente la prometida autonomía cantonal, la realización del comunismo, de abajo a arriba. El gobierno central se opuso fundándose en que el federalismo sólo de arriba a abajo, es decir, por el gobierno, puede ser realizado, pero no pensaba ciertamente en él. Por eso se produjeron en muchas regiones de España, especialmente Murcia (Cartagena), Alicante, Cataluña, Valencia y Andalucía movimientos insurreccionales en pro de la autonomía cantonal — contra el gobierno central. Los centralistas llamaron entonces a los federalistas para hacerlos sospechosos y ultrajarlos, "separatistas" e "intransigentes". El gobierno republicano dedicó todo su ejército a abatir esas insurrecciones cantonales, — para lo cual dió el comando ordinariamente a generales reaccionarios que había aceptado de la monarquía. Se produjeron en todas partes luchas sangrientas, en las que generalmente los federalistas quedaban vencidos después de algunos días. Sólo Cartagena, un gran puerto marítimo, que se declaró comuna independiente según el modelo de la comuna parisiense de 1871, no pudo ser vencida. La flota de guerra que estaba en Cartagena cayó en manos de los federalistas. Por tanto estaban protegidos por la parte del mar, del mis-

mo modo que, gracias a los fuertes de las colinas circundantes, lo estaban contra los ataques de la parte del interior. Cartagena se mantuvo seis meses, a pesar de ser bombardeada por los sitiadores en ese tiempo con más de 30.000 bombas, obuses y granadas. En los fuertes y en los edificios públicos, como en los mástilos de los barcos de guerra, flameó la bandera roja como insignia de la comuna libre de Cartagena. Se aprovisionaba, gracias a los barcos de guerra que atracaban en los otros puertos de España y exigían bajo amenaza de bombardeo contribuciones de guerra para Cartagena. Todos los decretos de la comuna cartagenera llevaban esta única rubrica: "¡Viva la república federal social!"

Como detalle podría ser mencionado aquí que el gobierno español central buscó ayuda en Prusia contra Cartagena, fundándose en que también fueron tomados a Prusia dos barcos de guerra surtos en el puerto abierto de Cartagena. Para una canallada contra la libertad se dejó rogar con placer.

En tales circunstancias se comprende que los internacionalistas no quedaran al margen, sino que apoyaran contra el gobierno central a aquellos que estaban más próximos a sus ideas, — los federalistas. Este es uno de los más acerbos reproches que se ha hecho Engels en su folleto *Los bakuninistas en la obra y con él toda la social-democracia*, a los internacionalistas españoles (23), el cual es todavía hoy arrojado a menudo a los anarquistas. Pero ese reproche es justamente característico de la manera de ser de la social-democracia.

En muchas regiones los internacionalistas provocaron revueltas por sí mismos para realizar la liquidación social. Así en Sevilla, donde dominaron unos días (24), en Granada, en Valencia (25), en Alcoy (26), donde comenzaron con una huelga general y en la lucha que siguió mataron al alcalde y regaron con petróleo e incendiaron muchas casas de ricos.

El jefe de los federalistas e internacionalistas en el sur era Fermín Salvochea, entonces alcalde de Cádiz.

Todos los presos federalistas e internacionalistas fueron ajusticiados sumariamente por las tropas del gobierno republicano central.

En el corto tiempo de su existencia, la república española contó 4 presidentes, entre ellos Pi y Margall, que pudo abandonar el poder con las manos limpias, mientras que los presidentes de la república que le sucedieron compitieron en medidas de opresión contra los verdaderos republicanos, — lo que finalmente llevó a la caída misma de la república. A fines de diciembre de 1874 la monarquía fué restablecida por el golpe de Estado de Cánovas del Castillo y del general Martínez Campos. Alfonso XII fué llevado al trono.

III  
DE LA CAIDA DE LA REPUBLICA A LA REVUELTA DE JEREZ (1874-02)

Bajo la reacción monárquica de Alfonso XII y Cánovas del Castillo se hicieron más severas las persecuciones y la Internacional continuó ardiendo algunos años completamente clandestina, subterránea, sin que podíamos señalar noticias dignas de atención sobre el movimiento en el período de 1874 hasta 1881.

Sin embargo aparecieron durante todo el período publicaciones, bien que irregularmente y secretas, como *El Municipio Libre*, que defendía las ideas de la comuna anarquista, *El Movimiento Social*, que trataba más bien sobre las federaciones económicas, etc.

En el año 1878 formó Pablo Iglesias en Madrid el primer grupo social-demócrata, secreto hasta 1881. Sin embargo los social-demócratas tenían poca influencia que Pablo Iglesias declaró en un artículo publicado en 1902 en la revista *Nuestro Tiempo*: "El movimiento obrero desde el año 1869 hasta 1885 fué dirigido exclusivamente por los elementos anarquistas".

El 30 de diciembre de 1879 disparó el pederero Otero dos tiros de pistola contra Alfonso XII sin herirle. En junio de 1880 obreros libertados atacan e incendian una fábrica textil en Barcelona. Causaron daños por más de 150.000 pesetas. En julio una bomba destruyó la casa del alcalde de la Coruña. En agosto sin incendiar 1000 hectáreas de campo 80 plantaciones del duque de Alba. Un convento de jesuitas es destruido por medio de bombas. Los periódicos informan de frecuentes asesinatos de alcaldes de los pueblos de provincias. En el Congreso anarquista internacional de Londres el delegado español informa sobre la Internacional y el movimiento sindical en España. Particula que dentro de la organización pública existe una organización secreta, íntima: *Los hombres de acción*.

Como las persecuciones terribles y despiadadas se apaciguaron sólo en 1881, el movimiento no pudo volver nuevamente a la luz del día y halló su expresión en un hermoso semanario *La Revista Social*, redactada en Madrid por Serrano y Oteiza y difundida en un tiraje de 20.000 ejemplares. Se puede uno imaginar la gran cantidad de lectores anarquistas en un país de diez y ocho millones de habitantes, en donde la inmensa mayoría son analfabetos. No obstante todas las persecuciones, no pudieron ser nunca disueltas las secciones de oficio secretas que se habían adherido a la Internacional, y cuando, en 1881, tuvo lugar en Barcelona el primer congreso obrero de España pudo nuevamente ser formada de inmediato la federación de los sindicatos y de las secciones de la vieja Internacional, que ahora adoptó el nombre de Federación de Trabajadores de la Región Española. La federación fué puramente sindical, pues el movimiento en España ha sido siempre un puro movimiento de clase. Esa federación adoptó la famosa declaración de principios de la Internacional y declaró después en un manifiesto:

"Nuestra organización, que es puramente económica, se distingue y está en oposición frente a todos los partidos políticos, burgueses y obreros; así como éstos se organizan para la conquista del poder político, nosotros nos organizamos para que sean reducidas las formas jurídicas y políticas del Estado existente a meras funciones económicas, y para establecer en su lugar la federación libre de las libres asociaciones de productores.

De lo que precede se deduce que somos adversarios de toda política parlamentaria y decididos partidarios de la lucha económica y de la destrucción de todos los privilegios y de todos los monopolios de esta injusta organización de la sociedad actual".

Un año después se celebró en septiembre de 1882 el segundo congreso de la Federación Regional en Sevilla, en el que participaron 250 delegados y que pudo señalar la adhesión imponente de 8 uniones, 218 federaciones locales, 663 secciones, con cerca de 70.000 miembros.

La organización era casi idéntica a la actual *Confédération Générale du Travail* (27) francesa: la *sección o sociedad* de resistencia correspondía al sindicato; la federación local a la *Bourse de Travail*, la Unión a la federación nacional de grupos de oficios afines. En el manifiesto que publicó el congreso de Sevilla se lee en un pasaje: "Inspirados por el espíritu anarquista — tenemos... etc." y la conclusión del manifiesto dice: "La Federación de los Trabajadores de la *Reión Española* tiene por fin la asociación de los trabajadores españoles para luchar solidariamente con sus hermanos de otras regiones contra los monopolistas, del capital y de la propiedad, lucha que debe conducir a la emancipación completa del trabajo".

Las masas obreras llegaron directamente en España del federalismo republicano de las ideas de Pi y Suñer por el federalismo colectivista de la Internacional bakuninista, hasta el anarquismo, — sin que hayan sido detenidas por los principios del social-democratismo político y centralista.

Por consiguiente, tampoco en el congreso de Sevilla estaban las ideas suficientemente aclaradas. Pues se confundían todavía entre sí el comunismo (la interpretación de que la comuna será la unidad organizadora de la sociedad libre del porvenir) con lo que hoy llamamos sindicalismo, pero que entonces todavía no tenía nombre, la interpretación de que la federación de los sindicatos será la organización básica del futuro. Bajo el aspecto económico casi todo el movimiento estaba todavía en el principio del colectivismo. Pero aquí fué defendida por un obrero que vive aún en Sevilla, Miguel Rubio, el comunismo como armonizable en absoluto con el anarquismo. Desde entonces se trabó la lucha entre anarquistas colectivistas y anarquistas comunistas — hasta que los colectivistas desaparecieron poco a poco y todos los anarquistas españoles se designaron comunistas.

En el tiempo de la Internacional los marxistas eran "comunistas autoritarios" y los bakuninistas eran colectivistas. Por eso el anarquismo se tenía por inarmónico con el comunismo. Colectivistas y comunistas querían ambos la posesión de la tierra — de las minas, de los medios de producción y de comunicación por los trabajadores, pero la fórmula comunista del consumo dice: "de cada uno según sus capacidades; a cada uno según sus necesidades"; o en otras palabras: *propiedad común también de los productos*; la fórmula colectivista decía: "A cada uno el producto íntegro de su trabajo", es decir, comunismo en los medios de producción, pero propiedad privada en los productos.

La evolución hizo que socialistas autoritarios y antiautoritarios cambiaran su posición como en el *Chassé-croisé* de un rigodón. Hoy sucede lo contrario, los social-demócratas son colectivistas y los anarquistas comunistas. Los social-demócratas evolucionaron al revés, pues la interpretación económica del comunismo es un progreso, ya que en la situación actual de la industria ramificada, del maquinismo y de la división del trabajo es imposible determinar exactamente la parte del trabajo de cada uno para hablar del producto íntegro del trabajo. Pero indudablemente la condición básica del comunismo anarquista es una rica y abundante producción, — que se hará siempre más y más posible por la evolución de los instrumentos de trabajo.

Pero los comunistas como los colectivistas defendían como fundamento de la futura organización los grupos de oficio, es decir, los sindicatos.

Al mismo tiempo que el congreso de Sevilla de 1882, fué celebrado el congreso especial de la Unión de Trabajadores del Campo de España, en el que estuvieron representadas 105 secciones con 20.916 miembros. El espíritu de esa Unión, que estaba adherida igualmente a la Federación Regional, era declaradamente anarquista, sindical, mejor, sindicalista (bien que colectivista). En el protocolo que publicó después este congreso se lee literalmente en el último capítulo:

"Una organización obrera puede componerse únicamente de sindicatos, pues en los grupos profesionales se encuentra poca diferencia intelectual entre los miembros, lo que hace imposible que algunos

ejercen un influjo demasiado grande. La igualdad del trabajo, del salario, de la lucha común que se afirma en la huelga es el lazo más positivo que nos une. Pero la organización obrera no se limita a la consecución de un salario más alto y de una jornada más corta por medio de la huelga — pues su objetivo final debe ser la elevación del proletariado como tal y la realización de una sociedad de productores libres en la cual cada uno reciba el producto de su trabajo". Estas son cosas que no quedan en segundo lugar ante lo que dicen los sindicalistas actuales...

En la España meridional no hay campesinos ni aldeas propiamente dichas. La región pertenece a algunos ricos latifundistas y es trabajada por jornaleros que viven en pequeñas ciudades. El alcalde de esas pequeñas ciudades campesinas es también a menudo un jornalero. Van por la mañana al trabajo con su blusa azul, como los demás trabajadores, de los que se distinguen sólo por el salario insignificante. No recibe más de 50 a 60, a lo sumo a 75 céntimos diarios.

Esto nos explica por qué hubo en Andalucía desde hace tanto tiempo un movimiento sindical y anarquista tan fuerte entre los campesinos. El hecho es que en esa época, — 1881, 82 y 83 — sucedían de tanto en tanto actos terroristas agrarios, las cosechas de los explotados agrarios eran algunas veces incendiadas; en periodos de gran miseria eran robados frutos y vacas, pero los ejecutores de esos actos no fueron nunca sorprendidos. Las huelgas agrarias se hicieron muy sensibles para los propietarios también, y éstos decidieron tentar un golpe para aniquilar a los jornaleros.

No tenían ningún argumento legal contra la sociedad, pública y legalmente constituida, y por eso descubrieron la famosa conspiración de la *Mano Negra*, — que nunca existió y que nació sencillamente de la imaginación de la guardia civil y de los jueces.

Un capitán de la guardia civil de Jerez, Montforte, "encontró" bajo una piedra en el campo los estatutos secretos de la *Mano Negra* envueltos en otros varios "papeles comprometedores", que declaraban como objetivo el robo, el asesinato y el incendio...

Un golpe mortal ordinario a un trabajador por su primo, que casualmente era miembro de la Federación de los Campesinos dió el pretexto para los procedimientos. Se arrestó a más de cien personas. Se enviaron artefactos a toda la prensa del mundo sobre los descubrimientos de la *Mano Negra*, aceptados por los lectores creyentes. Con ayuda de los más terribles tormentos — que tan sólo se conocieron veinte años después — se obtuvieron todas las confesiones deseadas. Los detenidos eran sólo miembros de la Federación Regional de Trabajadores que fué identificada con la *Mano Negra*. El sistema de la acusación era que el trabajador muerto en la rifa había sido condenado a muerte por el "tribunal secreto" de la *Mano Negra*, que presidían el campesino Corbacho y el maestro Juan Ruiz. Toda la acusación se apoyaba en las confesiones de los acusados mediante los tormentos — así fueron sentenciados a muerte ocho acusados por los Jurados de Jerez. Entre los ajusticiados estaban F. Corbacho, presidente de la Unión de Trabajadores del Campo, y Juan Ruiz, secretario. Este había tomado parte en el congreso de la Federación Regional de Sevilla como delegado por Jerez.

Los procesos americanos en Chicago, de 1886 y contra Haywood, Meyer, 25 años después, son sólo pálidas copias de este modelo español de cómo se destruye un movimiento sindical. Fueron los primeros mártires de la lucha de clase de los trabajadores contra los capitalistas — mártires precursores del sindicalismo.

Este proceso no fué el único, pues luego se decretó por el "liberal" gobernador de Cádiz para todo el territorio agrario de la provincia la siguiente ordenanza: "Para todos los daños e incendios cuyas causas no puedan ser indicadas, se considerará responsables a los miembros del comité local de la llamada "Federación de Trabajadores".

En los procesos posteriores contra la *Mano Negra*, con la que se asustó al mundo entero, funcionó siempre la tortura y

con motivo de las confesiones que se obtenían, fué sentenciado, un gran número de personas, a trabajos forzados para toda la vida en las colonias africanas.

La verdad fué mantenida tan oculta, que hasta los obreros anarquistas de las otras regiones creían en la existencia de la *Mano Negra*.

(Continuará)

(23) Tales fueron las injurias y las calumnias de Engels contra los revolucionarios españoles que James Guillaume se vio en la necesidad de defenderlos desde el Boletín de la Internacional jurasiana: el 9 de noviembre comienza un artículo del Boletín con estas palabras: El Volkstaat continúa su obra de desmoralización y de calumnia. Acaba de publicar dos artículos del señor Engels sobre la insurrección en España, artículos destinados a enlodar a los obreros españoles y a ridiculizarlos. Los obreros españoles, según el señor Engels, son cobardes e imbeciles; los unos no se atrevieron a batirse, y los otros no supieron; y relata a su modo los acontecimientos de Alcoy, de Córdoba de Sevilla, de Cádiz de San-Lucar, etc., vertiendo a manos llenas la hiel y la injuria. ¿Por qué? porque los obreros españoles han pronunciado, como los de casi toda Europa, la decadencia del Consejo general de New York y han rechazado las resoluciones de La Haya. El rencor personal del señor Engels es tan violento sobre este asunto que le hace perder todo pudor y, digámoslo también, toda prudencia: arroja la máscara, se deleita en relatar las victorias de la reacción y las derrotas de los revolucionarios, triunfa vicinó a los obreros españoles que se habían atrevido a rebelarse contra Marx, castigados y fusilados, como se merecen por los sicarios de la burguesía. Es preciso haber leído esas páginas increíbles para saber hasta qué grado de abe-

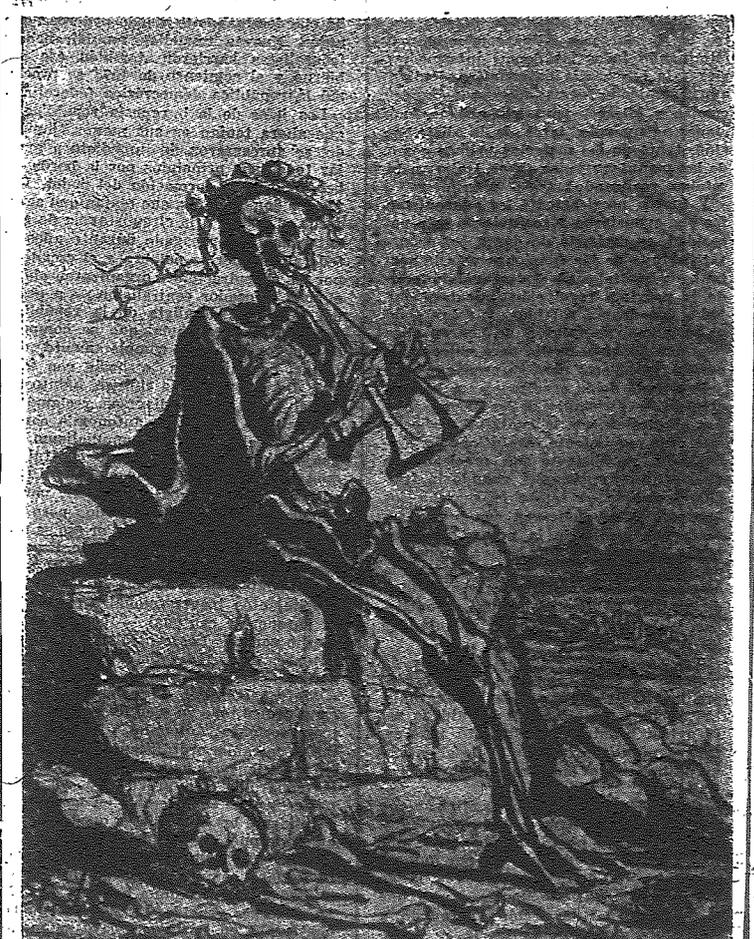
rración moral pueden llevar a un hombre el odio y el espíritu de venganza. — (N. de R.)

(24) El general Pavía, refiriéndose a los defensores de Sevilla, un grupo de unos doscientos internacionalistas, dijo que se habían "batido como leones" — (N. de R.)

(25) Aquí se produjo la intervención de los internacionalistas en la lucha debido a que había presos algunos miembros de la Internacional, y los obreros de Valencia creían que sus compañeros recobrarían la libertad si triunfaban los colectivistas intransigentes (N. de R.)

(26) En Alcoy la acción y la responsabilidad correspondió a los internacionalistas. La sede de la Comisión de Correspondencia de la organización española estaba allí a cargo de Albarracín y de Tomas. Los obreros declararon la huelga, y la Municipalidad hizo tirar sobre ellos, lo que produjo la insurrección; después de una lucha encarnizada se adueñaron de la ciudad. La prensa burguesa reclamaba medidas contra los insurrectos y Pi y Margall, entonces presidente de la República, prefirió presentar su dimisión antes que mancharse de sangre. Contra Alcoy se envió un ejército de 6.000 hombres. Los obreros obtuvieron sin embargo plena satisfacción a sus demandas. En tanto que ocurrían estos acontecimientos, Bakunin ardía en deseos de correr a España; con ese fin envió a Malatesta a Barletta en busca de dinero; pero Malatesta fué detenido y la idea de Bakunin de mezclarse a la lucha de los revolucionarios españoles fué frustrada por segunda y última vez. (N. de R.)

(27) Como se ve, el autor habla de la época de Pichouier; hoy la C. G. T. francesa es casi una dependencia gubernamental (N. de R.)



EL IDILIO DE LA PAZ

Es la liberación vieja nario des cató ra da fuerz dad Se mas tancie saniel los q arram que s y reve despo co ex les, le demo homb res m cia ca tal de uan y den a reden locaci Par viliza logía libera tivo l éticos a los ción d gistas fondo camen des vi fracas que tu del Es den y No los ho titución morale ron la crático proble gimen ca, con a los p vía y fracas guerra mino el mito ante la ilustrón el vuel temas porqué llando